Batallas y Capitanes

Por Manuel Briceño Jáuregui, S.J.

III

HACIA LAS TERMOPILAS

OBSTINACION DEL GRAN REY

Llegan a Darío las nuevas de la batalla perdida en Maratón. Como es de temer, se irrita aún más contra los Atenienses, ya de antes prevenido contra ellos. Pero esta vez se obstina en invadir a Grecia entera. Despacha correos a las ciudades de todos sus dominios ordenando le apronten tropas. Exige un número mayor de galeras, caballos, provisiones y barcos de carga. Tres años se sacude el Asia (489-487 antes de Cristo), con tales prevenciones. Las levas se hacen de los mejores hombres en atención a que se ha de luchar contra los Griegos.

Los preparativos, sin embargo, tienen que interrumpirse porque los Egipcios se rebelan contra Persia, consecuencia de las noticias de Maratón...

Después de treinta y seis años de reinado muere Darío (485 a. C.). Le sucede su hijo Jerjes*, "más aventurero galante que príncipe esforzado". Egipto es reconquistado (485 a. C.), y los preparativos contra Grecia continúan sin interrupción, a escala titánica; porque esta vez no va a ser una expedición punitiva, sino que toda la Península va a ser conquistada por la fuerza. Persia quiere presionar el oeste, de extremo a extremo de Europa, hasta que "los límites del territorio medo y los del firmamento sean los mismos".

---

* Forma castellana del griego Xerxes, del persa Khshayarsha. En la sagrada Biblia se le denomina Asuero (Ahasweros).

Otra vez las tropas serán conducidas a lo largo de la costa por Tracia y Macedonia, en combinación permanente con la flota. Pero en esta ocasión se evitarán las dificultades del promontorio de Atos, y en la garganta del istmo —que no tiene sino dos kilómetros de ancho, de no muy altos cerros— es fácil hacer un canal. El rey ordena inmediatamente la empresa, cuyas ruinas se aprecian todavía.

Por otra parte, un doble puente de botes se ha tendido sobre el Helesponto para el paso de la infantería y de la impedimenta. El punto más estrecho no llega a los siete estadios (2.210 metros). Por desgracia la obra no queda lo bastante resistente —los fenicios han asegurado con esparto lo que les corresponde, a los egipcios lo suyo con cordaje de biblos—, y una vez terminada se desata una tormenta marina que rompe maromas, desbarata el puente y barre con los barcos.

A la noticia de la catástrofe se llena Jerjes de tan violenta cólera que ordena dar —dice Heródoto— "trescientos azotes de buena mano" al Helesponto, arrojar al fondo un par de grillos, marcar con hierro ardiendo las olas y azotarlo diciéndole con baldones y oprobios bárbaros e impíos:

—Agua amarga, este castigo te da nuestro amo y señor, porque te has atrevido contra él, sin haber antes recibido de su parte la menor injuria. Entiéndelo bien, y brama furioso, que el rey Jerjes, quiéraslo o no, pasará ahora sobre ti. Con razón nadie te ofrece sacrificios, porque eres un río pérfido, túrbido y salado...

PUENTES NUEVOS

Así manda castigar al mar, mientras decapita a los ingenieros que tal obra hicieron, y con otros arquitectos y oficiales empieza nuevas obras. Se colocan pentaconteros (barcos de cincuenta remos) y trirremes (de tres órdenes de remos) unos junto a otros, haciendo de ellos dos líneas: una de trescientos sesenta barcos, otra de trescientos catorce; aquellos de través, estos en dirección de la corriente, a fin de que las cuerdas que los atan se aprieten más con la agitación y fluctuaciones del agua, y al mismo tiempo los barcos son afirmados con áncoras de tamaño mayor del ordinario, unas del lado oriental para

resistir a los vientos que soplen del interior del Ponto Euxino, otras del lado contrario. Se dejan, además, tres pasos abiertos en tres lugares distintos para la navegación de pequeñas galeras. Luego, con unos cabrestantes halan desde la orilla los cables que amarran las naves, pero no como antes cada maroma por sí sola y por lados diferentes, sino que a cada línea de naves se aplican dos gruesísimas cuerdas de lino adobado y cuatro de biblos. Las de lino pesan cada codo (cada cuarenta y cuatro centímetros y medio) un talento (37,87 kgs).

Una vez cerrado el paso con las naves unidas, asierran grandes tablones, hechos a la medida de la anchura del puente, y los van ajustando sobre las maromas tendidas y apretadas encima de los barcos: así ordenados los tablones, trábanlos otra vez por encima y los cubren de chamizos, paja, fajina y tierra, tirando después un parapeto por uno y otro lado del puente, para que no se espanten las acémilas ni los caballos al ver el mar debajo.

Mientras se termina todo esto, y se acaban la fosa y los diques de seguridad que cierran el paso al mar impidiendo que se llenen los extremos del canal en el monte Atos, ha empezado la primavera.

ABRIL DEL 481 A. C.

Parte del ejército, que ha invernado en Sardes, marcha bien aprovisionado a juntarse con los demás. Adelante navega la armada, escribe Heródoto, luego siguen los bagajeros con todas las recuas, y después las brigadas de cuarenta y seis naciones, que componen más de la mitad del ejército. A cierta distancia, adelante del soberano, mil soldados a caballo, la flor de los persas, a quienes siguen mil lanceros, gente asimismo de lo más escogido y gallardo, luego diez caballos ricamente enjaezados, a los cuales acompaña el carro de Zeus tirado por ocho alazanes blancos y en seguida el propio Jerjes en su carroza a cuya retaguardia desfilan, mil alabarderos, los más valientes y nobles de todos los persas con sus lanzas levantadas, y a continuación un piquete de caballería de mil persas más, y detrás de ellos un cuerpo de la mejor infantería de diez mil hombres, mil de ellos con granadas de oro en vez de puntas de hierro en las lanzas, y por último diez mil más de caballería...

Así desfilan desde Lidia, pasan por la provincia de Misia, por las faldas del monte Canes, por Atarnes, Carina y otras ciudades rumbo al Helesponto, donde les espera el resto de las tropas.

En el sitio de la antigua y legendaria Troya, Jerjes pide información de la epopeya que cuenta Homero. Avanza luego un poco hasta Abidos, a orillas del mar, donde al ver tan grande ejército esparcido por la playa, se le despierta al rey la curiosidad por conocer cómo es una batalla naval. A manera de espectáculo ordena el remedo de una naumaquia que él presenciará desde lo alto de un trono. Sus deseos se realizan. Vencen los fenicios de Sidón. Jerjes queda supremamente complacido. Se siente el más feliz de los mortales; pero luego prorrumpe en llanto...

Sube al puente de barcos, brinda vino exquisito al sol en una copa de oro, ruega no le vaya a acontecer "nada que le obligue a detener el curso de sus victorias antes de haber llegado a los últimos confines de Europa". Acabada la súplica arroja al mar la copa junto con ricas ofrendas de oro y un alfanje persa...

Y con esto ordena el paso del ejército. Cruzan el primer día, a la vanguardia, diez mil persas y la caballería, los bagajes y las tropas de las naciones sometidas; el día siguiente y los demás, hasta una semana entera, el resto de las tropas, día y noche sin parar. La armada entre tanto navega costeando la tierra hacia el promontorio occidental del Sarpedón, donde tiene orden de hacer alto. Las fuerzas invasoras siguen por el Quersoneso hacia oriente, para luego torcer al Golfo de Melas, cruzando un río "cuyos raudales —cuenta gráficamente el historiador griego Heródoto— no fueron bastantes para satisfacer al ejército y quedaron agotados". Vadeado el río, avanzan al poniente.

A LAS PUERTAS DE GRECIA

Llegan a Tracia. Dorisco es una gran playa de Tracia, término de una vasta llanura, donde les espera una guarnición persa colocada allí por Darío desde cuando hizo su jornada contra los Escitas.

Todo empero se hace con lentitud. A Jerjes le parece apropiado el lugar para una revista de sus tropas. Ordena que se numeren. "Los marineros respiran —agrega Heródoto con gran sentido humano— todo aquel tiempo en que Jerjes pasa revista a las tropas en Dorisco", cuyo grueso asciende —según el historiador griego— a un millón setecientos mil hombres, fuera de gran cantidad de carros, convoyes, caballos, camellos, perros y las mil doscientas siete galeras con sus tripulaciones. De manera que llegan a dos millones trescientos diecisiete mil soldados, fuerza enorme que se irá acrecentando con nuevos contingentes a medida que marchen por Tracia y Macedonia.

Y esto sin contar la multitud de auxiliares, criados, acompañantes, mercaderes y vivanderos quienes —a decir de Heródoto— son tan numerosos como las tropas. El total sube así fácilmente a los cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos veinte hombres, según el historiador citado, no teniendo en cuenta —añade— la cantidad de cocineras, eunucos y concubinas orientales...

Semejante número tiene que ser exagerado, por eso los historiadores modernos lo reducen a tres divisiones más cómodas de sesenta mil cada una y ochocientas trirremes. En todo caso debieron de ser muchos.

Pero, mientras otros discuten, continuemos nosotros con el rey persa quien sale de Dorisco camino de Grecia. Primero Tesalia, Mesambria, Estrima, cruzando el río Liso, "cuyas aguas no bastaron para satisfacer la sed de semejante tropa, quedando agotadas", lo cual les facilita el paso a pie enjuto. Atrás van quedando villas, lagos, montañas. Prosigue después bordeando el mar, asistido a la vez por la flota que les sirve de vigilancia, y reclutando cuanta gente armada puede, por orden suya, como soberano absoluto que es. En Nueve Caminos (Anfípolis) entierra vivos, a la usanza persa, nueve mancebos y nueve doncellas nativas, en sacrificio expiatorio. Continúa por Estagira y Acanto, y acampa en Terma (Tesalónica), a orillas del Golfo Térmico, donde se les junta de nuevo la flota, según lo convenido.

Desde aquí Jerjes domina el paisaje. Frente a él dos altos montes, el Osa y el Olimpo, parecen desafiar su altanería; más adelante se divisa el Pelión al sur de Tesalia, comarca de

tierras bajas y llanuras. Todo le invita a la soñada embestida formidable contra Grecia.

PRIMEROS CONTACTOS

Manda adelante diez naves, las más ligeras, a Esciato donde los Griegos tienen tres trirremes de observación, las cuales al ver las de los bárbaros se entregan a la fuga. Mas los persas dan caza a la primera, aprehenden al marinero más gallardo de la tripulación, lo degüellan en la proa de la galera teniendo por buen agüero que sea tan hermoso y gentil el primer griego que apresan. Pero también cae en poder de los bárbaros otra nao griega por más que valerosamente resiste. La tercera encalla, pero la tripulación escapa por tierra a Atenas. Las otras naves apostadas en Artemisio, merced a las acostumbradas señales de fuego conocen lo que ha sucedido, y se hacen a la vela rumbo a Cálcide, dejando atalayas en Eubea.

Las diez naos exploradoras de los Persas llegan al escollo de Mirma y levantan una gran columna de piedra, señal para los bárbaros de que en estas aguas no aparece el enemigo. Con lo cual sigue su avance el ejército sin contratiempo alguno por las playas de Magnesia, frente a la costa norte de Eubea. Aquí ordena Jerjes anclar las naves en escuadrón de ocho en fondo, con tan mala suerte que a la mañana siguiente se levanta una furiosa tempestad, durante la cual naufragan varias, otras se estrellan, y se echan a pique cuatrocientas de combate junto con muchas más cargadas de víveres, de hombres, de tesoros incontables...

Los centinelas apostados en Eubea corren a dar a los Griegos la noticia. Con todo, calmadas las olas y el viento, no cejan los bárbaros en la tremenda amenaza cuyo destino es Atenas. Entra así en el Golfo Malio la armada persa mientras las tropas de tierra bordean el mar quedando a sólo quince estadios (cuatro kilómetros y medio) del estrecho desfiladero de las Termópilas, así llamada por los yacimientos de aguas calientes medicinales.

ES EL VERANO DEL AÑO 480 a. C.

Pero que su majestad el rey Jerjes de Persia nos espere un momento mientras observamos los preparativos de las futuras víctimas.

IV

LAS TERMOPILAS

Grecia entre tanto ha estado atenta a los movimientos del rey, y a sus intenciones de esclavizarla. Atenas y Esparta, pese al típico individualismo heleno, se unen para resistir. Una y otra son reconocidas esta vez como las polis más representativas, aquella por la celebridad alcanzada en Maratón, esta por su indiscutible prestigio militar.

PRIMER CONGRESO PANHELENICO

En el otoño del 481 a. C. se convoca el Primer Congreso de toda Grecia con el fin de estudiar las medidas oportunas. Treinta y una polis, casi todas del sur (Peloponeso), envían sus delegados. Reúnense en el istmo de Corinto bajo la presidencia de Esparta. Se resuelve acabar con enemistades y guerras intestinas, sean las que sean. Saben que el rey de Persia va a salir en ese momento de Sardes. Determinan enviar espías al Asia que observen los movimientos del enemigo. Reparten delegados por todo el mundo griego en busca de apoyo y de auxilio. Se crea una confederación formal ligados sus miembros con juramento solemne "de diezmar a quienes, si no es por la fuerza, se sometan al bárbaro". Es el compromiso de borrar de la tierra a los traidores.

Casi todas las polis del norte, pese a ser las más expuestas, no participan en el Congreso, lo cual no significa que estén dispuestas a "medizar" (ser partidarios de los medos), sino que esperan el rumbo de los acontecimientos, por instinto de conservación.

Así, pues, si Esparta y las polis fuertes no van al norte a defenderlas, nada queda sino someterse. Porque unirse a la Confederación las compromete, fuera de que por dentro existen partidos o familias influyentes favorables al enemigo. En realidad, uno de los grandes estorbos para la unión son las disputas intestinas, o de las polis unas con otras. Otro problema es quién comanda las fuerzas confederadas. Esparta reclama el mando. El de la flota no es tan claro. Atenas es una potencia naval y suministra más naves que las demás, por eso reclama para sí la dirección. Mas las otras polis sienten celos y declaran no obedecer sino a Esparta. Los delegados atenienses ceden en bien de la libertad amenazada.

Por su parte, tres espías griegos han llegado a Sardes a enterarse de todo, del ejército y de la flota, pero son descubiertos, procesados en consejo de guerra, puestos a cuestión de tormento y condenados a muerte. Jerjes oye hablar del caso, le indigna el fallo y manda presuroso guardas a traerlos, si los encuentran aún con vida. Afortunadamente así sucede. El rey los interroga, ordena que reúnan todo el ejército, caballería e infantería. Les manda a los espías que miren y remiren, a gusto y regusto, luego los deja libres para que vayan a contar a los Griegos el poderío del rey, y no sean locos como para resistirle.

Estas nuevas que traen los espías son suficientemente alarmantes, y se empeoran con las predicciones pesimistas del oráculo de Delfos. Pero Grecia sigue adelante en los preparativos, y nombra los estrategos que han de dirigir las operaciones. El Congreso vuelve a reunirse el año siguiente (480 a. C.) bajo la presidencia de Esparta. Comandante general de las tropas es nombrado Leonidas, uno de los dos reyes de Esparta, y de la flota Euribíades.

En la preparación y construcción de barcos nuevos Atenas se muestra enérgica como ninguna. Prevé que ha llegado una hora solemne en su historia. Olvida enemistades políticas internas, se reconcilia con Temístocles, llama del ostracismo a estadistas como Aristides y Jantipo a quienes nombra estrategos.

EL PASO DE LAS TERMOPILAS

Cuando los habitantes de Tesalia se dan cuenta de que Jerjes cruza el Helesponto informan a la Confederación: pues el paso de Tempe es clave. Hacia allá se envían diez mil hoplitas. Estos, al llegar advierten que son tres los sitios claves: el de Tempe, los desfiladeros del monte Olimpo y más abajo el estrecho de las Termópilas. Y diez mil hombres no bastan para tantos millares como avanzan. Más aún, buen número de Tesalios se inclinan a "medizar" dado el peligro que los amenaza. Resistir es inútil, piensan. Con esto las tropas regresan al istmo, quedando el norte a merced de los invasores.

Pero el desfiladero de las Termópilas sí no puede abandonarse. Es el único camino, al pie del monte Eta, practicable

para un ejército. Se extiende entre el mar y las escarpadas rocas que separan a Tracia de Lócrida. Es en realidad la llave para penetrar en el resto de la Hélade. En esta época, el paso mide en las extremidades oriental y occidental no más de cuatro kilómetros y medio de longitud, pero es tan estrecho que no cabe más de un carro de carga. ¡Difícil para las tropas medas! Además, los Focenses han construido una muralla, tiempo ha, destruida ahora o semidesmoronada, como protección contra las incursiones de los Tesalios. Es evidente, pues, que el paso debe ser defendido.

Sin embargo, hay un "pero" que no conocen en este momento los defensores; y es que si se impide el tránsito, queda una senda abrupta por detrás de la montaña que desemboca en el camino real de Locria, y que sale al lado posterior de la entrada defendida, pudiendo el enemigo atacar por la espalda a los hoplitas y abrir el paso a los invasores. Así, pues, un destacamento persa de hombres resueltos podría dar una sorpresa, en caso de saber el camino.

Leonidas, como dijimos, es nombrado comandante de los siete mil soldados que van a cortar el paso a las tropas de Jerjes. De ellos son espartanos sólo trescientos. Los Atenienses han concentrado su flota en el istmo de Corinto. Pero la política de Esparta es miope, regionalista: se interesa por el Peloponeso que es donde vive y por el Istmo que es la entrada, pero se despreocupa del resto de Grecia. Explicaciones y pretextos no faltan: los festivales Carneas, por ejemplo, que en este momento se celebran, y los Juegos Olímpicos —de tenor religioso— de seguro les impedirán llegar a tiempo al norte. Esas fiestas no pueden interrumpirse. ¡Sería sacrílego violar los preceptos de los mayores! ¡Y con Jerjes a las puertas!...

Los Persas suelen combatir en llave, es decir, las tropas de tierra en permanente contacto con la flota. Igual cosa han de hacer los helenos: mientras los hoplitas mantienen el estrecho, las trirremes griegas han de oponerse a la armada persa, entre Eubea y la Península. La vía natural para Jerjes es penetrar por el norte de Eubea y Magnesia, lago adentro a fin de acompañar el avance de las tropas. Los Griegos deben prevenir esa táctica y hacer que su armada asista a las guarniciones de las Termópilas controlando la entrada del Golfo Malio.

En efecto, la flota helena de 324 trirremes y nueve pentaconteras —Atenas contribuye con 200 naves— se estaciona a la entrada septentrional del golfo, en Artemisio. El almirante es Euribíades, un espartano, según dijimos antes, porque los aliados no soportan que los mande un ateniense: y no es el momento de querellarse.

El incidente de tres galeras destruidas por los Persas deprime tanto a los Griegos —escribe Heródoto— que el escuadrón regresa a Euripo, al sur de Eubea, en previsión de un ataque sorpresivo por ese flanco que corte la retirada a los confederados.

Leonidas queda sin protección por el mar. En julio está el ejército medo frente a las Termópilas, asistido por la flota frente a Artemisio, en el cabo Sepias. Mas las naves enemigas son tantas —dice Heródoto—, mil doscientas siete por todas, que no pueden anclar en la costa y tienen que ordenarse sin mayor seguridad, de ocho en fondo, a lo largo de la misma. Por fortuna para los patriotas se desata una intempestiva tempestad que dura tres días causando la pérdida de cuatrocientas galeras, numerosas vidas, riquezas y víveres, compensando en parte la desigualdad de fuerzas.

Con el desastre medo se animan los griegos, que tornan a ocupar su posición en Artemisio. Sin embargo, tan numeroso es todavía el enemigo que los almirantes helenos regresan de nuevo, pero Temístocles se opone tenaz y se mantienen las posiciones iniciales. Los Eubeos, como es natural, hacen campaña porque se queden, y obsequian treinta talentos de oro (unos US$ 24.000) a Temístocles, ocho de los cuales destina este para sobornar a sus colegas y el resto lo guarda para otra ocasión. Entre tanto los Medos envían doscientos barcos al sur de Eubea con el propósito de cortar la retirada a los griegos.

Escilias de Escione, el buzo más célebre de su tiempo, trae al campo heleno las nuevas de la estrategia enemiga: se había sumergido en Afetas, sin salir del agua hasta Artemisio, quince kilómetros más adelante (!)... Heródoto, quien refiere la historia, duda de esta versión, y se inclina porque Escilias llega en bote.

Los patriotas optan por embarcarse a media noche y salir al encuentro de los persas que navegan a Euripo. Mas la noche

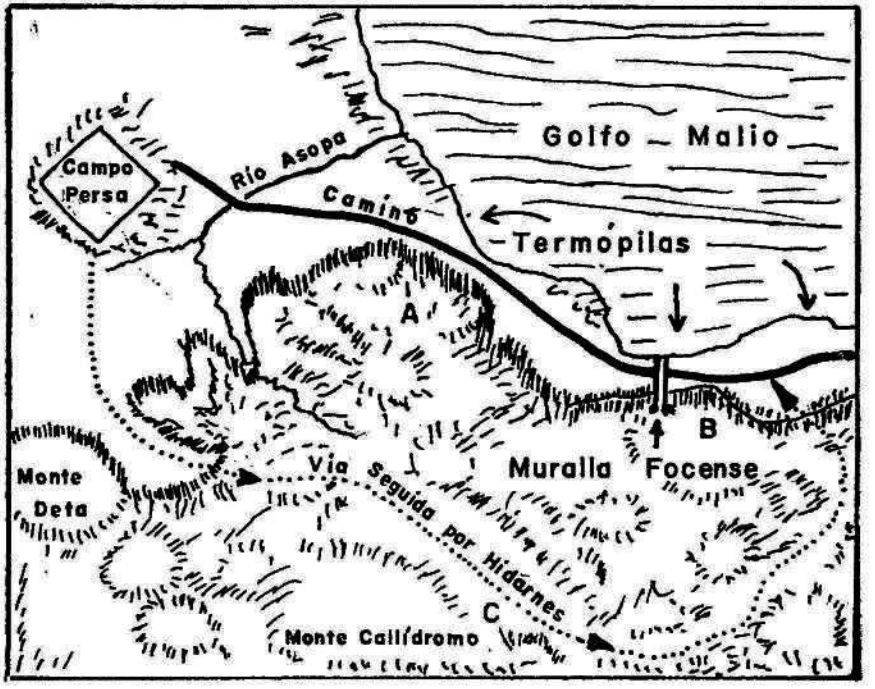
es tormentosa, y las doscientas embarcaciones enemigas naufragan al doblar la costa sur de Eubea, cuando precisamente se acercan las ciento cincuenta trirremes atenienses que navegan hacia Artemisio. Ante la noticia del naufragio los almirantes griegos cambian la intención de retirarse, y se tiene el primer encuentro naval, con ventaja para los persas y grandes pérdidas para estos por el estorbo de tantas galeras.

LA BATALLA

Leonidas entre tanto se atrinchera en el paso de las Termópilas, mientras los Focenses, que se han ofrecido voluntariamente para ello y conocen el terreno, defienden el camino de la montaña y en el centro se reparan los viejos muros.

Las gigantescas fuerzas de Jerjes acampan en las llanuras de Malia, dispuestas a abrirse paso contra el puñado de valientes que venderán cara la vida. Seis días aguarda Jerjes que se retiren: sin duda les ha de impresionar —piensa el rey— el formidable espectáculo de sus tropas. El día quinto se resuelve lleno de cólera a atacar, con la orden expresa a los suyos de traer a su presencia esos locos. La acometida meda es gallarda y feroz. Todo el día se combate. De los Griegos muchos caen, pero son reemplazados y no ceden un paso atrás. Lo más patente, con todo, es que la valentía de los lanceros helenos se muestra superior. El día siguiente los mismos resultados.

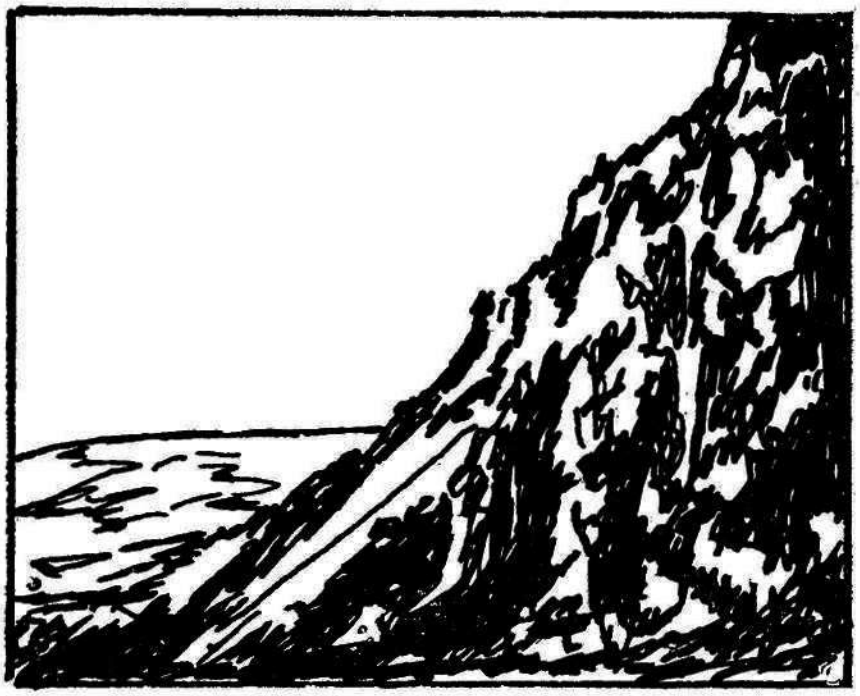
Un destacamento persa, el más bravo y escogido, orgullo y terror de oriente, entra en acción al mando de Hidarnes. Los Griegos siguen resistiendo, sin mejor fortuna para los diez mil persas llamados "inmortales" pues el combate se tiene en este paso angosto, con lanzas más cortas que las de los patriotas, y se estorban mutuamente por ser tan numerosa la muchedumbre meda. Los veteranos lacedemonios, más expeditos y ligeros hacen prodigios de valentía frente a estos enemigos mal disciplinados y bisoños. Pues la táctica griega es ahora pelear y volver la espalda, bien formados; los bárbaros al verlos huir dan tras ellos con alboroto y gritería; y cuando casi les dan alcance, de súbito los Griegos se vuelven, les hacen frente, matan, derriban, destrozan, con bajas de parte y parte. Jerjes llega un momento, cuenta Heródoto, en que "salta tres veces del trono temiendo por sus tropas"...



BATALLA DE LAS TERMOPILAS

A — Primera posición de los griegos.
B — Segunda posición de los griegos.
C — Posición de los focenses

LAS TERMOPILAS



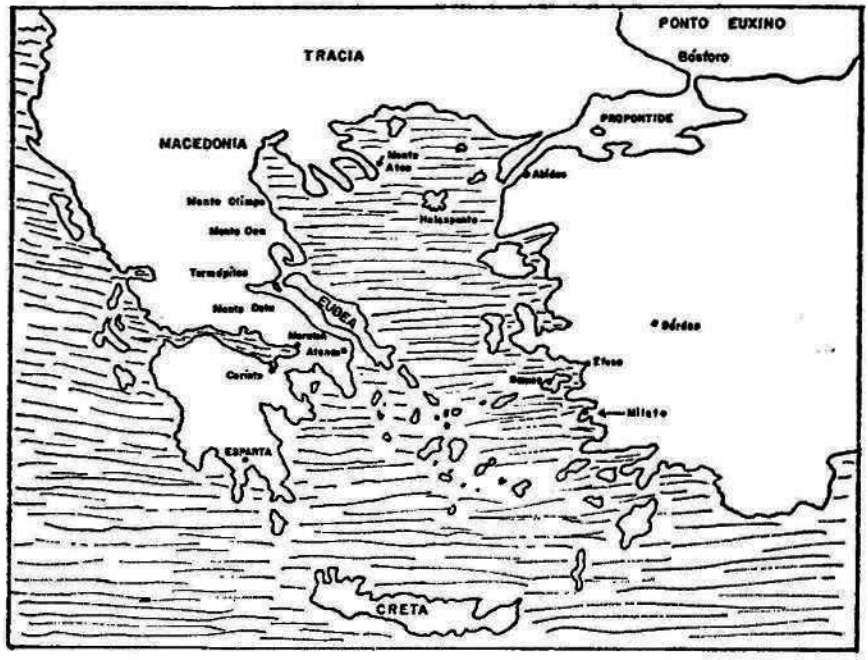
LAS TERMOPILAS

Tampoco logra nada el otro día, pese a que los Griegos se han llenado de heridos. Mas los patriotas se organizan y entran perfectamente ordenados en la refriega, menos los Focenses que cuidan el camino de la montaña. Los bárbaros desisten de las Termópilas, confusos y humillados. Pero en ese momento un Griego desertor, de nombre Epialtes, pide audiencia personal con el monarca, y traidoramente le revela el sendero de Anopea que dobla el desfiladero. Esa misma noche emprenden su marcha los diez mil escogidos de Persia, coronando los picos más altos al amanecer, sin ser notados debido a la cantidad de árboles. Los Focenses que cuidan esta posición salen huyendo. El enemigo no se preocupa por perseguirlos. Algunos desertores informan a Leonidas de la estratagema persa. El comandante convoca al instante a un consejo de guerra. Los pareceres se dividen: Leonidas insiste en que no debe dejarse el puesto, otros porfían en dejarlo.

Leonidas mismo aconseja a los "prudentes" y a los dudosos que se retiren a sus casas para evitar inútil pérdida de vidas. Gran parte en efecto abandona al capitán. Sólo quedan con él unos pocos Tebanos, Tespienses y los trescientos espartanos...

En un gesto sublime y espléndido, con el enemigo al frente y a la espalda, se aferra al peligro. "Ni yo, ni mis espartanos presentes —dice— podemos, sin faltar al honor, abandonar el puesto a cuya defensa y guarda hemos venido". Reparte a los demás en las posiciones claves, unos en el lugar donde baja el camino para sorprender a Hidarnes en la retaguardia, otros en la entrada oriental y occidental. La orden no es resistir sino

LEONIDAS, SEGUN UNA ESCULTURA DEL MUSEO DE ESPARTA



ESCENARIO GEOGRAFICO DE LAS GUERRAS MEDICAS

atacar: si el enemigo fuerza el paso la patria caerá en sus manos...

—Almorzad como quien ha de cenar esta noche con Plutón, aconseja Leonidas a los suyos.

Al salir el sol hace libaciones el monarca oriental, y ordena luego el avance. Baja Hidarnes del monte. El trecho es breve. Los bárbaros se acercan. Una retirada en este momento librará a los helenos. Mas Leonidas con sus hombres salen al encuentro de la gloria. Adelántanse al sitio más dilatado de las Termópilas sin protegerse las espaldas con la muralla semirreconstruida. Trábanse con el enemigo fuera de aquellas angosturas, pues antes se contenían dentro de ellas. La lid se encarniza. Impresionantes son las bajas de los bárbaros obligados a latigazos —dice Heródoto— a avanzar, resbalándose y cayendo no pocos al mar y ahogándose, pisoteados otros y estrujados bajo las tropas de avance, abandonados en la agonía... Los Griegos hacen el último esfuerzo despreciando la vida.

En lo álgido del choque rómpense las lanzas de los hoplitas espartanos, que acuden con la espada desnuda haciendo espantosa carnicería en los bárbaros. Heroicamente cae Leonidas sobre cuyo cadáver se enfurece una batalla homérica, en la cual perece infinidad de persas, entre ellos dos hermanos de Jerjes, y de los espartanos hasta el último, después de haber hecho retroceder por cuatro veces al enemigo...

Los demás griegos, los que no se han rendido, se ven obligados a volver atrás al paso estrecho del camino y otra vez a la muralla, hasta que llegando a un cerro donde apiñados pelean con la espada, defendiéndose con las manos y a mordiscos, son cubiertos de flechas y sepultados bajo los dardos de los medos, quienes les han acometido de frente, echado por tierra el parapeto de la muralla, y dando la vuelta cerrándolos en derredor...

Los Tebanos, viendo la victoria sonreír al enemigo, tienden las manos y se pasan a ellos, donde son cogidos prisioneros y luego, comenzando por su general Leontíades, marcados en la frente con hierro ardiendo como esclavos...

El ejemplar sacrificio de los caídos vale más que una victoria. En el campo de batalla, sobre la tumba de Leonidas y de sus Trescientos Espartanos, se colocará el lacónico epitafio impresionante de Simónides:

CAMINANTE:
VE A ANUNCIAR A ESPARTA
¡QUE YACEMOS AQUI
POR OBEDECER SUS ORDENES...!

Y sobre la de los demás Griegos muertos, estas otras típicamente espartanas, también de Simónides:

SOLOS CONTRA TRES MILLONES
LUCHARON EN ESTE SITIO
CUATRO MIL PELOPONESIOS.
.....
UN ALTAR ES SU TUMBA;
AQUI NO HAY LAGRIMAS,
SINO RECUERDOS AGRADECIDOS;
NO COMPASION SINO ALABANZA...

Forzado así el paso de las Termópilas, continúa el avance enemigo. Porque esta historia no termina aquí...